

viarse, sino para que los espejos les dijeran lo que ya antes les habían dicho los galanes: —¡sois muy bellas!

El comedor oficial era una obra maestra de buen gusto. Y en dos extensas galerías estaba la mesa, de trescientos cubiertos, para uso de los que no somos ministros ni representantes de naciones extranjeras. La mejor sociedad de México asistió á la fiesta: los nombres que más brillan y los nombres que más suenan figurarán en las listas que publiquen las crónicas de salón. Yo no me atrevo á acometer este trabajo de entomologista. Escribir el nombre de una mujer y el color del traje que llevaba, es clavar una mariposa traspasada por un alfiler, en el cartón. ¡No, mariposas, volad libres y gallardas: no he de clavaros impiamente en esta hoja!

De la fiesta de Chapultepec sólo quiero fijar en esta carta su aspecto pintoresco y casi mágico: los árboles, llenos de globos multicolores, parecidos á pájaros de luz que se hubieran posado en cada rama; la música, retozona y bulliciosa, cantando siempre, sin respetar el sueño de los viejos árboles que cabeceaban en el Bosque; los cabellos rubios, vistos á través de una copa de Champagne; los labios rojos humedecidos por el Borgoña..... y en lo espeso del arbolado, los focos eléctricos, como lunas viejas, como lunas que cayeron del cielo y se quedaron enredadas en las hebras de heno! Esto es, Miss Catherine, lo que quiero hacer pasar á vuestros ojos. Y luego, el cuadro del bosque iluminado por la luna, el cielo sin nubes, la atmósfera color de plata virgen, los secretes de las hojas y las maledicencias del agua que se burla de todos en la fuente!

Que cenamos opíparamente, que bailamos mucho, que había mujeres encantadoras y elegantes trajes, eso os dirán por menor otros cronistas. Yo no escribo, Miss Catherine, despierto del «Sueño en una noche de verano.»

EL CRUCIFIJO.

De todos los misterios que forman la teología cristiana, el más desgarrador, el más patético, el que de más poderosa suerte nos conmueve, es, sin género de duda, el misterio sublime del Calvario. Yo siento que mis fuerzas se debilitan y extenuan, que mi ánimo se postra y desfallece, siempre que con esta pluma, indigna por ser mía, quiero enarrar aquel maravilloso cuadro: mi corazón se sobrecoge de mudo asombro, de pavor nunca sentido, de soberano espanto, como si tibias gotas de la divina sangre le cayeran; convierto las pupilas, anubladas por el llanto, á la sublime imagen del Crucificado, evoco aquella cima escarpadísima del Gólgota, herida por los rayos del sol de Palestina y por los rayos más ardientes todavía de la esperanza mesiánica; miro alzarse las tres cruces; allí Dimas, allá el mal ladrón, en medio Jesucristo, pálido con la palidez exangüe de la muerte, chorreando sangre por las heridas rudamente abiertas, coronado de espinas, caliente lágrima brotando de los ojos como el perdón brotaba de sus labios. ¡Ah! ¡Yo lo miro como si hubiera presenciado aquel suplicio, como si el rayo del remordimiento lo hubiera grabado eternamente en mi conciencia, y ante aquel espectáculo pavorosamente sublime exclamo como Jerónimo en su celda: «Ciega mi entendimiento, Señor, si así lo quieres, pero dilata mi entendimiento para que pueda amarte!» Y es que mejor que orgullosa inteligencia, se ha menester respeto amorosísimo para poder hablar de esta agonía: que la torpe y rebelde razón humana nunca será bastante á comprenderla, mientras, solivado de la dura carga de sus pasiones y enardecido por el amor divino, siento á maravilla todos los dolores, todas las angustias de este Viernes Santo. Por eso en todos los desfallecimientos del espíritu, en todos los cansancios del entendimiento, cuando la ráfaga de la realidad sopla mi frente desvaneciendo el polillo dorado de los sueños; en medio de estas estrecheces, de estas mezquindades, de estas angustias de la vida diaria, sediento de beber la luz clarísima que despiden las creencias religiosas, no voy á hundirme en las revueltas bibliotecas, ni á buscar fe en las disputas escolásticas de los siglos medios, ni á ar-

güir sobre la naturaleza del Verbo con los filósofos antiguos; no; basta poner mi razón en religioso recogimiento, absorberme en la contemplación del Crucifijo, y perdido en el éxtasis de la divina hermosura, dejar que mi pensamiento recorra á su sabor esas esferas en que se cree, se ama, se espera, se contempla, y en que mi espíritu, á manera de la mariposa de Abril, toma allí alas para volver á su patria: lo infinito.

Comprendo que el alma, purificada por las maceraciones y la penitencia, libre de la herrumbre del pecado, quieta con el apacible sosiego de los que esperan firmemente, llegue á enamorarse de la pasión de Cristo, como se enamoró Santa Teresa, como se enamoró San Juan, como se enamoró Francisco de Asís: porque, evidentemente, si Jehová es la fe y el Mesías es la esperanza, Jesús es el amor; amor tan fuerte, que basta llevar una vida pasada en éxtasis y en efusiones inefables; en tal manera, que sin este amor tierna y ardentísimamente sentido, yo no concibo la vida claustral, mientras que, con su ayuda, todos los padecimientos, todos los terrores, de que puebla las celdas nuestra fantasía, huyen y se desvanecen, dejándonos adivinar la calma, no interrumpida jamás, de esa existencia pasada al son del órgano, en el coro, escuchando el clamoreo de las campanas, esas aves gigantescas de las torres; el murmullo de la oración que se alza al cielo, los cánticos religiosos, semejantes á los arrobamientos melodiosos de los querubines y que ruedan por las naves, dilátanse en la bóveda, suben y se pierden en la cúpula, por cuyos cristales de colores se recoge la claridad del día, la ciernen, la suavizan y la esparcen, se filtran las doradas hebras de luz, solas, bajando, como las miradas del Señor, sobre la Iglesia.

Yo me figuro cuando leo las páginas hondamente tristes, pero también hondamente consoladoras de la vida de Rancé, ver á este viril batallador en las porfías reñidas del espíritu; á este mundano que de improviso trueca el afeite y los arreos de la corte por el sayal y las sandalias del cartujo hundido allá en el fondo de su celda, en las altas horas de la noche, cuando todo parece recogerse y las urnas de todos los espíritus se abren, á la escasa luz que esparce pobre mechón de aceite colocado sobre ruinoso mesa de madera, sentado en humilde sillón de cuero, fijar las miradas en el viejo pergamino que le pone en comunicación con algún gran defensor del monaquismo; ya me lo figuro y creo mirar cómo de súbito aquella faz se enrojece, se animan aquellos ojos con fuego inusitado; aquellos dedos estrujan y comprimen las cuentas de larguísimo rosario; busca la boca trémula el pequeño Crucifijo, bésalo, mas el enjambre de tentadores deseos que revolotean en torno del cartujo, esas mundanas fantasmas que van tras él, le siguen y le aguijonean; esos recuerdos impuros, todo en aquellarre de visiones que vienen á atormentarlo hasta en el claustro, lejos de huir, se afianza cada vez más

á su memoria, golpea las paredes del cerebro, con ímpetu más vigoroso aún, le acosa, le cerca, le atenacea, le martiriza, le asesina; ¡ah! y entonces, el cartujo se levanta, abre la herrada puerta de su celda, cálase la capucha, huye á todo correr por los desiertos claustros, mal alumbrados por agonizantes lamparillas que de trecho en trecho cuelgan, no le hiela el frío, no le detiene el viento, corre, corre, creyérase que era un fraile desprendido de los frescos colosales trazados en el claustro Llega, por fin, al coro; el órgano está mudo, vacíos están los cincelados y altísimos asientos; abajo, la nave de la iglesia cubierta por obscuridad profunda; pero, al frente, el altar alumbrado por la luz de la lámpara, y encima del altar, el Cristo, destacándose el cuerpo de mármorea blancura sobre la cruz de ébano, hermoso con la hermosura pálida del sufrimiento, los brazos abiertos, chorreando sangre por la abierta llaga, los labios separados como si los moviese el soplo de la oración, y las pupilas clavadas con efusión amorosísima en el cielo. El monje hinca sus huesosas rodillas en el mármol, afiánzase á los barrotes de hierro que limitan el coro, ve al Cristo largo rato, reza, golpea con su cabeza el pavimento, se absorbe en mística meditación, y cuando se levanta, ya el enjambre tentador se ha disipado. la gracia ha descendido como rocío celeste sobre su alma, pierde su rostro el rudo fruncimiento, y con tranquilo paso emprende el camino de su celda, mientras las notas duermen en el órgano y el Cristo continúa inmóvil sobre su cruz de ébano.

Con razón aquel Rancé, tan combatido por las tentaciones, presa tantas veces de la fiebre devoradora de los recuerdos mundanos, exclamaba: «Tu pasión, Señor, ha sido mi amparo, mi guía, mi escudo, mi guardián y mi defensa. Tu imagen ¡oh Crucificado! ha sido más poderosa para sostenerme que todas las lucubraciones de los sabios; porque Tú eres amor, y mi alma está sedienta de ternezas; porque Tú eres perdón, y yo he menester, JESUS, que me perdones.» Clavad los ojos en el Crucifijo: ahí está la clave de esa vida monástica que no comprendemos; ahí está el secreto de esas abnegaciones, de esos sacrificios, de esas vidas que corren paralelas con la muerte, de esas muertes que más bien se asemejan á un comienzo de vida; si os maravillan los martirios de los primitivos cristianos, clavad también los ojos en el Cristo, que ahí está el secreto de su valor y de su fuerza. El ha sido el sostén de los mártires, la fe de los apóstoles, la esperanza de los buenos, el amor de las vírgenes, la inspiración de los artistas: Beato Angélico, aquel pintor maravilloso en cuya frente se condensaron las últimas espiritualidades de la Edad Media, iba á besar sus llagas antes de tomar el pincel entre los dedos: Teresa de Jesús le veía desprenderse del madero, atravesar el templo, é ir como prometido esposo á visitarla: clavadas las pupilas en su Sagrado Cuerpo han muerto todos esos san-

tos que componen la Legión de honor de la Iglesia católica; San Pablo le invocaba para que diese fuego á su palabra, y en el sangriento estadio del circo romano, en esa orgía de sangre que salpicó para siempre el rostro de los Césares, entre los gritos de los lictores, las vociferaciones de la muchedumbre, el estruendo de la música, Él también era quien infundía valor á aquellos mártires, que se acercaban con la sonrisa en los labios, cual si vinieran á festín sabrosísimo; Él quien acudía á su socorro, cuando les veía empeñados en la pelea cruenta, humeando la sangre, destrozados los miembros por las fieras, enredando su cuerpo con el de los tigres de Hircania, retorciéndose con dolores infinitos, en el estertor de una agonía epiléptica; Él quien les daba vigor para sufrir la muerte en medio de un pueblo que palmotea, que aulla, que prorrumpe en gritos de júbilo, que hincha su pecho y dilata su nariz para aspirar ese punzante olor de sangre fresca: Él, pobre Nazareno, hijo de los judíos, de los esclavos, de esa raza agobiada por la persecución de los gentiles; hijo de un obscuro, de un pobre, de un humilde carpintero de Judea; visto con menosprecio por el profundo Tácito, ridiculizado por Apuleyo, en sus apólogos, hecho objeto de mofa y de escarnio por los sacerdotes; Él, que á pesar de todos estos grandes paganos, arrancó al dios Pan el caramillo con que llenaba de melodías los bosques, echó por tierra en un momento, pero en un momento supremo, los dioses que inspiraron el arte de Virgilio, que dieron valor á Escipión en las llanuras de Cartago y fuerza á Mario en los campos púnicos; Él, advenedizo de la religión, desconocido rey de la conciencia, que para nada se sirvió de las armas y derrotó ejércitos con sus ideas, que riñó batallas crudelísimas con su palabra, y que, proscrito, perseguido, puesto en un patíbulo afrentoso, vió estrellarse á sus plantas, como una ola de espuma, la carcajada clásica de Luciano.

Cristo, Tú eres el bien, Tú eres la verdad, Tú eres el amor, Tú eres la vida. Mentira que tu religión es la religión de los opresores, porque es la religión de los oprimidos; mentira que con tu sangre se pueda unguir la tiranía; mentira que tus brazos no estén abiertos para los que corren una vida de dolores. Tú eres amor, y el amor es fecundísimo de suyo; por eso vamos en tu seguimiento como van las ovejas tras el pastor que las encamina y las defiende; que tu auxilio todo es hacadero, todo es llano, porque en Tí están juntos todos los saberes y unidas entre sí todas las cosas; nuestro amor á Tí es una sed que nada aplaca, una hambre sin hartura; libértanos del cautiverio de la culpa; pon en olvido nuestras faltas, no desencadenes tus furiosos contra estos menospreciados gusanillos que se han alzado en rebeldía, sectarios que combaten y vilipendian tu doctrina en nombre de no sé qué religión de misericordia, cuando el catolicismo es la verdadera religión del amor y la misericordia; en nom-

bre de la libertad, de la igualdad y la fraternidad humanas, cuando Tú fuiste el más augusto mártir de esta idea en aquella espantosa tragedia que, con miedo del sol y temblor de la tierra en todos sus miembros, se representó en el Gólgota; en nombre de los hambrientos, cuando tu religión es, Señor, la religión de los pobres, de los menesterosos, de los proletarios, de todos aquellos que padecen hambre.

Los venideros no creerán—decía el marqués de Valdegamas— que se ha levantado un día en el horizonte del mundo en que esta religión divina, toda de misericordia y de amor, ha sido entregada á la execración de las gentes por bárbaras y hambrientas muchedumbres, necesitadas de amor y de misericordia. Los venideros no creerán en los insensatos furiosos de aquellos que, siendo pobres, se han levantado en tumulto contra la única religión que tiene entrañas para los menesterosos, que estando desheredados han puesto su boca, sus manos y sus pies en la religión santa que les ofrece un reino por herencia; que no teniendo padre, se han aliado en rebeldía contra su único padre que está en los cielos y les dice:

«No podéis subir hasta donde está mi gloria. Yo, que soy el Señor de los prodigios, haré el mayor de los prodigios por vosotros, y tendré toda mi gloria donde vosotros estéis. ¿No tenéis conciencia para conocerme? Creed en Mí, y tendréis más ciencia que los que más me conocen. ¿No tenéis ni ingenio ni letras para convertir á Mí la muchedumbre de las gentes? Desead que todas las almas se conviertan á Mí, y Yo os daré las palmas de la predicación y del apostolado. ¿No tenéis agua para los que tienen sed, ni pan para los que tienen hambre? No importa; pedidme á Mí que los sedientos beban y los hambrientos coman, y el pan que aplaque su hambre y el agua que temple su sed, os serán imputados en el cielo. ¿Estáis cargados de tolerancias y de días, y os faltan fuerzas para las buenas obras? Desead obrarlas, y tened por cierto que ya las habéis obrado. Envidiáis á los que tuvieron la gran dicha de padecer por Mí el martirio? Desead padecerlo, y tened por cierto que vuestra será la gloria de los mártires. ¿No podéis ser misericordiosos? Sed pacientes, y tened por cierto que seréis tan grandes ante Mí por vuestra paciencia, como los otros por su misericordia. ¿No podéis levantar á Mí vuestras manos, cargadas de hierros y puestas en prisiones? Levantad vuestra voz, y vuestra plegaria será escrita en el cielo, como si hubiérais levantado á Mí juntamente la voz y las manos.

«¿Sois mudos? No importa, levantad vuestro espíritu á Mí, que yo oigo la voz de los espíritus. ¿No sabéis qué cosa pedirme? No importa, porque Yo sé lo que os conviene. ¿No sabéis por ventura amar? Pues si sabéis amar, lo sabéis todo, porque me sabéis á Mí, y lo tenéis todo porque me tenéis á Mí, que soy habitante de los corazones que me aman. ¿No recordáis cuando anduve por el mundo? Hubo entonces una mujer adúltera, que era ludibrio de las gen-

tes; sus manos estaban vacías de buenas obras, su alma abrumada de pecados; no entendía cosa de plegarias ni de oraciones; pero Yo la miré y se enamoró de Mí; y se puso calladamente á mis pies; y allí puesta se convirtieron sus ojos en fuentes de lágrimas, y lloró tanto, que los cielos mismos admiraron su dolor. Nada me ofrecía sino ella sola; nada me pedía sino á Mí; y con esto solo, su corazón conrito y humillado se revistió de resplandeciente y más angélica hermosura; y con esto solo, si hubieran podido envidiarla, la hubieran envidiado todos los coros de mis ángeles y de mis serafines, porque me enamoré de ella y la hice mía, y santifiqué con mi presencia el corazón conturbado de la arrepentida pecadora. ¿No soy el que llevé conmigo al Paraíso el alma de aquel famosísimo ladrón, en la sangrienta tragedia del Calvario? ¿Quién fué jamás ni más culpable ni menos menesteroso que él? Pero al rendir su espíritu puso en mis manos, como yo puse el mío en las manos de mi Padre, y así como mi Padre lo recibió, yo le recibí. El océano de su amor había pasado por la cumbre de mis culpas.

«Yo soy Aquel que antes de dejarme ver de los reyes, me dejé ver de los pastores; que antes de llamar á Mí á los abastecidos, llamé á los necesitados. Yo soy Aquel que andando por el mundo dí salud á los dolientes, lumbré á los ciegos, limpieza á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. Yo soy Aquel que, para dar de beber á los sedientos, hice brotar las aguas de las rocas, y para dar de comer á los hambrientos envié el maná y multipliqué los panes. Yo soy Aquel que puesto entre los pobres y los ricos, los ignorantes y los sabios, entre los arrogantes y los humildes, pasé sin decir nada junto á los ricos, entre los arrogantes y los sabios, llamé con tierna voz á unos pobres ignorantes y humildes pescadores, y me hice todo suyo, y les lavé los pies, y les dí mi Cuerpo por manjar y mi Sangre por bebida: que tanta fué mi querencia.

«Nada amé tanto como la pobreza y vuestro amor después de la gloria de mi Padre. Siendo Soberano Señor de todas las cosas me despojé de todas ellas para ser uno de vosotros. Á uno de vosotros que á ningún príncipe del mundo, dí la gobernación de mi iglesia sacratísima; y para conferirle aquella suma potestad, no le pregunté lo que tenía ni lo que sabía, sino lo que amaba. No le examiné de doctor, sino de amante. Yo mismo dejé mi vestidura de rey y tomé la de siervo. Una mujer fué mi madre, un establo mi aposento, un pesebre mi cuna; pasé mi infancia en desnudez y en obediencia, viví atribulado; comí el pan de la caridad; no tuve un día de reposo; llenáronme de vituperios y afrentas; mis profetas me llamaron *varón de dolores*; escogí por trono una cruz, descansé en un sepulcro ajeno: al entregar mi espíritu á mi Padre, os llamé á todos á Mí. Y desde entonces no me canso de llamaros: ved cómo tengo la cruz, para recibiros á todos entre ambos brazos tendidos.»

DOLOROSA.

¿En qué linfa serena, en qué onda transparente empaparé, Señora, el pensamiento mío, para que pueda comprender tus excelencias? ¿Cómo domar la incurable torpeza de esta palabra, flaca y miserable, que se arrastra como escamosa sierpe por la tierra, sin tener alas para alzar el vuelo? ¡Ay! bien lo sabes: soy menesteroso y pobre; nada puedo por mí; vivo penosa vida de congojas, y los huracanados vientos del espíritu han desquiciado mi inteligencia, que solo debió ser bruñido espejo que reflejara tu celeste imagen. ¿En qué lengua, Señora, y con qué voces podré hablarte, si no hay en mí cosa ninguna virgen de pecado, y he abierto mi alma á todas las pasiones? Fuérame dado remontar el curso de los años, volver á la apacible edad de la inocencia, y entonces, desatando mi entusiasmo, mi lengua cantaríá tus alabanzas.

Maş encuéntrome ahora como el niño descarriado que sale al clarear el alba de la quieta heredad donde duermen sus padres, y discurriendo desatinadamente por los campos, correteando tras la gallarda mariposa que se aleja y se aleja como el ideal; inquiriendo la breñosa espesura de los bosques para coger los nidos de las aves, y abrevando su ardiente sed con la agua del arroyo, tomada con la palma de la mano, no advierte el raudo vuelo de las horas, no medita en las amantes inquietudes de sus padres, y cuando el hambre le hace cobrar de nuevo la memoria, y quiere volver á la heredad, piensa que está muy lejos de la casa, en lo más intrincado de la selva, donde no se percibe otro ruido que no sea el del agua corriendo blandamente y el del aire que agita las nerviosas ramas; y recorre el boscoso laberinto, y busca la salida, y no la encuentra; y cada vez el sol despide de su carcax más vivos rayos; y cada vez el bosque angosta más sus fúnebres callejas; ya los piés desangrados brotan sangre, y los hinchados ojos brotan lágrimas; ya el pequeñuelo cuerpo no resiste la fatiga, y á cada paso que el rapaz avanza, aguijoneado por el miedo, piérdese más en vez de hallar camino; el sol le abruma, las espinas destrozan su calzado, las erizas ramas de los árboles desgarrán su vestido en mil pedazos: camina el sol, las auras